

Intervención de Juan Grabois a 10 años de la publicación de la *Evangelii Gaudium*

Queridas y queridos compañeros del Dicasterio, amigos e invitados;

Desde que conocí a Jorge Bergoglio lo vi abogar por los pobres, excluidos y oprimidos, sean personas, grupos o pueblos. Lo escuché por primera vez hace casi veinte años en Buenos Aires, desde lejos, sin entrar a la Catedral, cuando primereando acompañó con una fuerte homilía el reclamo del movimiento de los trabajadores cartoneros que luchaban por centros infantiles para no tener que trabajar de noche en las calles con sus hijos a cuestas.

Por entonces, con mucho prejuicio, aunque no sin algún fundamento, consideraba yo a la Iglesia una institución reaccionaria, hipócrita, acomodaticia y alejada de los graves problemas sociales de mi país y el mundo. Nacido de padre judío y madre católica, fui bautizado y tuve mi primera formación catequística hasta tomar la comunión; a los 13 años sentí una fuerte vocación religiosa, ahogada en gran medida por el colegio católico al que me tocó asistir; pasaron décadas hasta que escuchando a Bergoglio me revincularía con la Iglesia. Bien entrado en los treinta, recibí el sacramento de la confirmación.

Durante mi adolescencia y juventud, sin dejar mi amor por Jesús y admiración por las enseñanzas del Evangelio, pero lejos de la Iglesia, terminé mis estudios secundarios en colegios laicos, estudié derecho y ciencias sociales, y comencé una militancia comprometida con los excluidos en los movimientos populares de una Argentina convulsionada por la gran crisis del neoliberalismo que eclosionó con el estallido social 2001; primero junto a los cartoneros, personas descartadas por el sistema, arrojadas a los basureros existenciales de los que habla *Evangelii Gaudium*, que -paradójicamente- subsistían del descarte material que se acumulaba en los basureros urbanos de la Ciudad de Buenos Aires. Luego con las víctimas de trata de personas, particularmente los trabajadores de la indumentaria, migrantes que confeccionaban prendas para grandes marcas multinacionales en condiciones infrahumanas que llegaban al trabajo esclavo. Hoy este proceso fructificó en un masivo sindicato con cientos de miles de trabajadores organizados en cooperativas.

Fue el encuentro con esas personas y no con una idea lo que me llevó a mí y muchos otros, que gozábamos del dudoso privilegio de pertenecer a la llamada sociedad de consumo, al subsuelo de un país dual como en mayor o menor medida son todos, como también puede verse aquí en Roma sin demasiado esfuerzo. Estoy seguro que Jesús me miraba desde sus ojos. Nuestras ideas políticas y sociológicas vinieron después, por aproximaciones sucesivas y readaptaciones continuas, de nuestra memoria histórica, nuestras tradiciones nacionales, lecturas e influencias variadas. Pero siempre la realidad estuvo primero, nítida; las ideas, más borrosas e imprecisas, después.

En ese contexto, conocimos a Bergoglio que abogaba por la misma causa, la causa de los pobres, con otras tonalidades, pero con una voz tan potente y profunda que me subyugó. No fue casualidad, tal vez sí la providencia o la gracia de Dios estuvo involucrada. Lo cierto es que nosotros primereamos propiciando el encuentro. Lo fuimos a ver porque habíamos escuchado sus homilías. En ese momento, Bergoglio no era un personaje simpático en el mundo de los nuevos movimientos populares ni reputado como progresista. Había toda una leyenda negra en torno suyo, jalonada por intereses políticos. Recibía críticas y calumnias de lo que podría denominarse cierta izquierda de cafetín,

culturalmente progresista pero desarraigada de su pueblo. Sectores de derecha y ciertas elites, por lo contrario, gustaban de contarlos entre los propios y lo citaban -cerceñándolo- a piacere.

Nadie parecía interesarse demasiado por lo que él decía, salvo para recortar algún fragmento o titular que les servía para reafirmar su caracterización previa y reforzar -por adhesión o contraste- un determinado círculo ideológico. Nada muy distinto a lo que pasa hoy, sólo que en sentido inverso, aunque si se lo piensa bien, una cosa no es distinta a la otra. Las ideologías, entendiendo por el término la idea que sustituye la realidad con una falsa representación, son siempre dispositivos al servicio de intereses particulares. No captan la realidad para comprenderla ni buscar caminos de transformación al servicio del bien común y de los pobres.

Al menos como la película que yo vi fue la siguiente: al principio, cuando la novedad de Francisco eran sólo gestualidades de humildad en una Iglesia signada por los escándalos de corrupción, resultaba simpático y refrescante, cosmético.... Después de Evangelii Gaudium, empezó a forjarse otra leyenda negra y aquel Obispo conservador, ahora era un Papa comunista, pobrista, aliado de todos los populistas del planeta.

Permítanme una digresión. Nunca vi ni a Bergoglio ni a Francisco alineado con ninguna ideología ni gobierno ni dirigente político. Siempre lo vi en una contradicción dialéctica, como la que explica con claridad en el Capítulo 4 Pto 3 sobre la relación unidad-conflicto de Evangelii Gaudium. Lo vi trazar amistad o relaciones fructíferas con la más amplia gama de personas -prolijos y desprolijos, prestigiosos y repudiados, famosos y desconocidos, cultos y analfabetos, respetables damas y despreciadas prostitutas, ricos y pobres, ladrones y víctimas, drogadictos y doctores, judíos, musulmanes, evangelistas, políticos, sindicalistas, líderes sociales, campesinos, terratenientes, militares, policías, científicos, maestros, peluqueros, villeros, curas, monjas, Papas, personas célibes, casados, divorciados, solteros, homosexuales, transexuales... no me acuerdo si había algún recaudador de impuestos, pero en fin ¡personas! Todos pecadores. Todos hijos de Dios.

Esta apertura siempre le trajo complicaciones... como a Jesús. Sobre todo cuando se mostraba abierto a los que por una razón u otra, legítima o ilegítimamente, eran considerados réprobos por los distintos establishments eclesiales, políticos, mediáticos y culturales. Como si el Evangelio no advirtiera con claridad que hay que ser muy cuidadoso a la hora de juzgar; también porque mucha gente "se aprovechaba" pero, a ver si alguno piensa que el Papa tiene un pelo de tonto, ¡perdonó setenta veces siete! Porque está en el Evangelio. Ojalá todos pudiéramos ser así.

Vuelvo al hilo principal.

En aquel tiempo, en Buenos Aires, seguimos escuchando, siguiendo lo que decía ese hombre incomprendido... Siempre primereamos, le escribimos, lo fuimos a ver y a partir de entonces tuve la bendición de poder ser testigo de su férrea defensa de los pobres.

Cada vez que lo vi y lo escuché en ese rol, lo vi -permítanme la expresión- transfigurado. En su voz, en sus gestos, en todo su ser. Desde luego, puede ser una sugestión subjetiva, pero así lo siento: como si el Espíritu descendiera sobre él para ayudarlo a defender a los preferidos de Jesús. Esta faceta de su personalidad permaneció cuando fue electo como Papa. Francisco continuó abogando por los pobres igual que antes, pero con más fuerza, con una fuerza que no aflojaba ni un milímetro aunque generara resistencias... y su voz es escuchada mundialmente.

Francisco habla **de** los pobres explicando su situación y las causas de la misma;

Francisco habla **con** los pobres mirándolos a la cara, evangelizando y enseñando, pero sobre todo escuchando y dejándose evangelizar;

Francisco habla **junto a** los pobres en una construcción colectiva con los movimientos populares acompañando luchas y perspectivas;

...pero fundamentalmente habla **por** los pobres, les ha prestado su voz a los pobres, se ha convertido en su abogado, el abogado de los pobres y los pueblos pobres, el mejor abogado del mundo. Y Dios se lo va a pagar.

Cuanto más fácil hubiera sido su pontificado si hubiera dejado “ese tema” como una cuestión más entre tantas, pero “tuvo misericordia y los eligió”

Evangelii Gaudium plasmó magistralmente su opción preferencial por los pobres. Todos la hemos leído y no voy a aburrirlos con un resumen. Sí quiero destacar la radicalidad del planteo, esa radicalidad inherente al mensaje de Jesús. Es un llamado a una conversión plena y profunda, que puede darnos miedo incluso, porque repite el llamado cristiano a ser capaces de dar la vida. En un mundo dónde tantos son capaces de tomar la vida ajena, pensar en dar la vida, dejar jirones de nuestra vida, dejar nuestros hábitos individuales, nuestra zona de confort, nuestros opios cotidianos para salir a buscar a los pobres y excluidos... no es una opción sencilla.

La cosa se pone más complicada cuando nos indica que esta opción por los pobres no se circunscribe a las micro-relaciones sino a las llamadas macro-relaciones, es decir, la lucha por el cambio de las estructuras mentales y socioeconómicas que determinan un sistema que, cito al Papa, “es injusto de raíz”. Nos dice que nos involucremos en política desde luego sin indicarnos ni un partido determinado ni una línea particular de pensamiento, pero marcando límites claro frente a las propuestas hegemónicas deshumanizantes que niegan la primacía de la dignidad humana sobre los beneficios económicos, la cultura consumista, el exitismo del mercado, la propiedad privada sacralizada, en fin, la idolatría del Dinero.

Aceptar honesta y plenamente este programa de vida, más allá de las variaciones infinitas que tiene para cada persona y contexto, tiene implicancias muy profundas que desde luego nos alejan de una vida cómoda. Pero Francisco nos dice que, si cumplimos este mandato cristiano, si lo cumplimos bien, vamos a ser felices, que ahí vamos a rencontrar a Jesús, que ahí está el manantial de la fe, que ahí está la alegría del Evangelio. Nos propone cambiar bienestar por alegría.

Digo un programa de vida porque nos marca pautas existenciales. No es un manual de sociología, no es un programa político... es un mapa que nos muestra el panorama, nos indica “usted tal vez está aquí”, “debemos llegar allí”, “puede marchar por aquí, aquí o aquí, pero no por allí” y nos advierte “los principales riesgos en este y aquel sitio”.

Un programa de vida y un alegato a favor de los pobres. Las dos cosas.

Para finalizar, le pido al Dicasterio de Desarrollo Humano Integral dos cosas: que hagamos lo posible para que todos los destinatarios de la Exhortación la lean o la vuelvan a leer a diez años de su publicación. No se cómo, me pongo a disposición para ayudar, pero tenemos la obligación de hacerlo.

Y un pedido interesado, porque me toca padecerlo, a los militantes sociales que sufrimos persecución por nuestra opción de vida, por intentar seguir este programa que Jesús y Francisco nos han trazado, no nos dejen solos.

Al joven cristiano que arranca en un movimiento, el nulo reconocimiento de un accionar sacrificado, el contraste con el mundano éxito que obtienen con tanta facilidad los que no eligen la senda estrecha, la cultura del “no te metas”, “volvé a los boy Scouts” (frases reales), sumado a la falta de acompañamiento espiritual y de aliento por parte de la Iglesia... todo eso puede llevarlo a abandonar la opción de vida que predicamos.

En otros niveles, cuando ciertos procesos, grupos o individuos se tornan molestos o peligrosos para ciertos intereses porque efectivamente han logrado avanzar en el camino, sufren procesos difamatorios que buscan quebrarlos psicológicamente, aislarlos políticamente y condenarlos socialmente, son atacados en la propia raíz de sus motivaciones negando la mera posibilidad que hagan las cosas por amor, y en ocasiones agredidos, amenazados o atacados físicamente. Estas formas de difamación cuando no logran quebrar a sus víctimas directas, buscan aislarlas.

¿Cómo? Diciplinando otros. Moldeando la conducta y posiciones de quienes, aun compartiendo íntimamente una perspectiva humanista o empatizando con las víctimas directas, quieren conservar posiciones de prestigio y respetabilidad. Para ser respetados, callan, porque el respeto y el prestigio son distribuidos por las clases privilegiadas y, sobre todo, ciertos medios de comunicación.

Así vemos mucha falta de solidaridad que no deriva de un juicio crítico sobre la conducta de personas o grupos que luchan por la justicia social sino del miedo a contagiarse la lepra; también un silencio cómplice con situaciones intolerables, en particular cuando los poderes que las provocan invitan a la Iglesia a una cómoda convivencia.

¡Muchas gracias!

Juan Grabois

Roma, 24.11.2023